La “larga duración” del autoritarismo chileno. Prácticas y discursos anticomunistas camino al Golpe de Estado de 1973¹

Marcelo Casals A.²

Resumen

Uno de los principales elementos explicativos del quiebre de la democracia en Chile fue la presencia de lo que se denomina como “tradición anticomunista” en la política local. Esto llevó a un amplio espectro de posturas políticas a interpretar la realidad circundante en base a una serie de matrices de pensamiento bien asentadas en el país. Para ello, por una parte, se analizan los fundamentos históricos y políticos del anticomunismo chileno —o las “matrices” del anticomunismo— y, por otro, se traza un breve panorama de su desarrollo histórico en las décadas centrales del siglo XX, desde sus primeras expresiones públicas hasta el triunfo de la Unidad Popular en 1970.

Palabras clave: Anticomunismo, autoritarismo, golpe de Estado, Chile.

Abstract

One of the main elements that explains the democracy break in Chile is the “anti-communist tradition” of local politics. This tradition led different political actors to interpret political events according to certain well-rooted matrices of thought. This article analyses the historical and political grounds of Chilean anti-communism or the anti-communist matrices of thought. This text also explains the historical development of these matrices of thought in the mid twentieth century, from their first public expressions to the victory of the People’s Unity in 1970.

Key words: Anti-communism, authoritarianism, Coup d etat, Chile.

1 Este artículo se enmarca en la tesis de magíster titulada “Anticomunismos, Política e Ideología en Chile. La larga duración de la “campana del terror” de 1964”. Agradezco a quien fuera mi profesor guía durante esos años de estudio, el profesor Alfredo Riquelme, como también a Isabel Suárez, por su valiosa labor de edición y compañía. Artículo recibido el 21 de julio de 2013 y aceptado el 30 de septiembre de 2013.

2 Estudiante de doctorado en Historia, University of Wisconsin-Madison (Estados Unidos). E-mail: casals@wisc.edu

Resumem

Um dos principais elementos explicativos do quebre da democracia em Chile foi à presença do que se denomina como “tradição anticomunista” na política local. Isto levou a um amplo espectro de posturas políticas a interpretar a realidade circundante em base a uma serie de matrizes de pensamento bem assentadas no país. Para isso, por uma parte, se analisam os fundamentos históricos e políticos do anticomunismo chileno – ou as “matrizes” do anticomunismo – e, por outro, se traça um breve panorama de seu desenvolvimento histórico nas décadas centrais do século XX, desde suas primeiras expressões públicas até o triunfo da Unidade Popular em 1970.

Palavras chave: Anticomunismo, autoritarismo, golpe de Estado, Chile.

El nudo histórico central de las investigaciones realizadas sobre el Chile contemporáneo –y aún, del debate público local– fue y sigue siendo en la actualidad la destrucción de la democracia chilena llevada a cabo *manu militari* el 11 de septiembre de 1973. Desde la historiografía, como también desde otras disciplinas, la pregunta sobre el significado, los antecedentes y los alcances de ese quiebre histórico comenzó a ser formulada aun cuando las cenizas del Palacio de La Moneda no se apagaban, condicionando con ello el futuro político del país, tanto de quienes apoyaron y defendieron la dictadura que allí se iniciaba como de quienes comenzaron a pensar en los medios y posibilidades para la construcción de una nueva democracia. Desde entonces se ha generado y reproducido, con los cambios propios de cada contexto particular, un extenso debate académico y político, abarcando el amplio abanico de posturas ideológicas y teóricas presentes en el país. Durante la dictadura militar, por supuesto, dicho debate no pudo ser difundido en la esfera pública chilena, toda vez que el régimen se dispuso a borrar por la fuerza toda expresión de disidencia, más aún cuando esas posturas guardaban alguna relación con la derrotada izquierda marxista. Una vez iniciada la democracia transicional, en 1990, gracias a la tarea del propio primer gobierno concertacionista como también de parte de la academia y otros movimientos sociales, comenzó una ardua labor de investigación, centrada principalmente en las víctimas directas –asesinados, desaparecidos, torturados, exiliados y exonerados– del terrorismo de Estado, aun cuando el ambiente político centrado en la prudencia y la estabilidad inhibió una reflexión más acabada al respecto. Hacia finales de la década de los 90, detención del ex-dictador Augusto Pinochet en Londres mediante, se iniciaron los primeros intentos por formular una explicación global tanto al golpe de Estado de 1973, la larga dictadura militar como la ulterior democracia transicional³, proceso que se ha expresado en la multiplicación

3 Si bien es posible citar varios otros estudios relacionados, cabe señalar que el libro de mayor impacto público sobre historia reciente chilena durante la década de los noventa fue el de Moulian (1997).

de investigaciones alusivas al tema, tanto en Chile como en el extranjero, así como también en la continuidad y profundización de los esfuerzos estatales por dar cuenta de la magnitud y consecuencias de las acciones represivas y exterministas del régimen dictatorial.

Con todo, queda aún mucho por delante. La pregunta sobre la destrucción de la democracia chilena es también la pregunta sobre el desarrollo político chileno y latinoamericano durante el siglo XX, tanto por los procesos que comenzaron a incubarse en las décadas previas como por las interrelaciones que la propia realidad chilena tejió con los principales conflictos político-ideológicos regionales y globales. De allí que sean necesarias miradas de “larga duración” para ir identificando los distintos elementos que confluyeron en aquel fundamental nudo histórico de 1973. Con ello no quiero caer en aquella mirada reduccionista que visualiza todo fenómeno histórico en función de un ulterior acontecimiento único, por cuanto ello tiene como derivación lógica una inexorabilidad del devenir que no se condice con las capacidades transformadoras de los grupos humanos. Tampoco se busca encontrar en los orígenes la explicación última al desarrollo de un fenómeno particular, toda vez que ello implica desconocer la historicidad específica de todo proceso, y –nuevamente– la relevancia de lo contingente en la resolución de determinados conflictos sociales y políticos. Si algo nos demostraron las décadas de 1960 y 1970 fue la capacidad de sectores cualitativa y cuantitativamente relevantes de las sociedades latinoamericanas para imaginar, moldear y construir realidades políticas, sociales, económicas y culturales alternativas a las entonces vigentes, tanto para propiciar como para oponerse al ideario revolucionario de aquellos años⁴. Por el contrario, mi objetivo primario se reduce a identificar elementos de continuidad en el desarrollo de la política y la esfera pública que sirvieron eventualmente como base conceptual de prácticas y discursos que colaboraron en la construcción y legitimación social de regímenes autoritarios como la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet entre 1973 y 1990.

Una mirada que privilegie las continuidades y procesos políticos e ideológicos de larga duración por sobre el análisis coyuntural del fenómeno de los quiebres democráticos latinoamericanos entre las décadas de 1960 y 1970, en ese sentido, debe comenzar a identificar y estudiar las distintas hebras que componen la madeja histórica en cuestión⁵. Para el caso chileno, así como también para muchos otros lugares alrededor del globo, el anticomunismo jugó un rol de primer orden en las pugnas político-ideológicas en

4 En el clásico ensayo de Marc Bloch (1990: 27-32) ya se advertía de este peligro, conceptualizado bajo el rótulo del “ídolo de los orígenes”.

5 En un estudio anterior (Casals, 2010), centré mi atención en otra “hebra” explicativa: la historia de la izquierda chilena y sus dificultades político-estratégicas.

parte importante del siglo XX, especialmente en las décadas en las cuales se intentaron implementar proyectos de cambio social y que terminaron en la instauración de regímenes autoritarios contrarrevolucionarios, constituyendo un elemento que, a pesar de su relevancia histórica, no ha sido lo suficientemente explorado. La historiografía política dedicada al Chile del siglo XX, de hecho, ha pasado por alto la relevancia del anticomunismo en cuanto objeto de estudio, centrando sus investigaciones principalmente en las fuerzas políticas constituidas y organizadas. Más que estudiar la interacción práctica, discursiva e ideológica de las corrientes políticas más relevantes, se ha puesto el énfasis en la acción individualizada de cada uno de los actores colectivos que compusieron en distintos momentos el arco político chileno. Bajo esa perspectiva, muchas veces se ha omitido el estudio de las imágenes y discursos que operan al interior de cada corriente política que, entre otras cosas, condicionan la propia definición y, por ende, la acción de dichos sectores. En ese sentido, el anticomunismo no sólo se agota en una actitud opositora ante determinado conjunto de organizaciones y doctrinas políticas, sino que también implica la afirmación de una serie de principios, valores e ideas que, en esa óptica, se ven amenazados por la presencia de lo que en cada momento es definido como comunismo. En la definición ideológica de otros está implícito el propio proceso de creación de una identidad política⁶.

En función de aquel rol político-cultural del anticomunismo, en este artículo planteo que tanto por el propio desarrollo de los conflictos sociales, institucionales y políticos, como también por el impacto de una serie de eventos y corrientes ideológicas globales, se creó en Chile algo que podríamos denominar como una “tradición anticomunista” o, en otras palabras, un extendido y diverso imaginario social que fundamentó la construcción de una serie de tópicos discursivos sobre lo justa o injustamente identificado como comunismo que, en determinados contextos, dio sentido y ayudó a legitimar una serie de acciones directas que fueron desde el hostigamiento y exclusión institucional a la eliminación física de grupos y personas específicas. Esa “tradición anticomunista” fue la base conceptual con la cual sectores políticos y sociales significativos de Chile asumieron e interpretaron el proceso político de la década de 1960 e inicios de la siguiente, que redundó en la instalación parcial de un novedoso y radical proyecto de cambio social de inspiración marxista. Asimismo, para los sectores civiles y militares que impulsaron, participaron y apoyaron tanto el golpe de Estado de 1973 como la subsecuente dictadura militar, el anticomunismo fue la matriz ideológica con la que pudieron hacer inteligible la violenta destrucción de la democracia

6 Si bien en Chile los estudios sobre anticomunismo han sido escasos y tangenciales, en otras latitudes se han hecho avances importantes, particularmente en Estados Unidos, Europa y Brasil. Véase al respecto, entre otros, Bernstein & Becker, 1987; Giovannini, 1997; Schrecker, 1998; Sá Motta, 2002; Hendershot, 2003; Rodeghero, 2007; y Ceplair, 2011.

chilena y la instauración de un inédito terrorismo de Estado, legitimando incluso la tortura masiva y la desaparición de miles de sus connacionales. Por último, la oposición cerrada y sin fisuras a todo resabio tildado de socialista colaboró también en el diseño e implementación de las profundas reformas políticas, sociales y económicas de corte autoritario y neoliberal por parte de la dictadura militar que, a diferencia de los regímenes afines en el Cono Sur, tuvieron por efecto directo el dismantelamiento de partes relevantes del Estado chileno, agudizando con ello las históricas inequidades sociales existentes hasta la actualidad.

En relación a esta hipótesis desarrollaré brevemente en este artículo, por un lado, los principales componentes ideológicos del anticomunismo chileno y, por otro, el desarrollo de sus expresiones más relevantes, identificando de paso a sus más connotados exponentes. Con ello se busca esclarecer y dimensionar uno de los elementos explicativos presentes en el proceso que condujo a la destrucción de la vieja democracia chilena en 1973, a saber, la presencia continua y pública del anticomunismo en el sistema político chileno durante parte importante del siglo XX.

Matrices del anticomunismo chileno

El anticomunismo puede definirse como una polaridad ideológica cuyo objetivo fundamental era oponerse públicamente y por distintos medios al comunismo local y global, especialmente a partir del triunfo de la Revolución Rusa en 1917. Desde ese dato fundamental, el anticomunismo derivó en una serie de posturas diversas –e incluso, en algunos casos, contradictorias entre sí– en función de los distintos marcos ideológicos en que estuvo presente, impactando en la constitución de una serie de identidades políticas desarrolladas a lo largo del siglo XX. El anticomunismo, en ese sentido, constituye quizás el vínculo ideológico de mayor presencia en Chile, en la medida en que su impacto dentro de las formas de hacer política ha sido visible y a ratos determinante en el curso de distintos procesos y acontecimientos de relevancia.

La pluralidad del anticomunismo estuvo dada por las valoraciones diferenciadas de distintos elementos, principios e ideas que impregnaron el debate público a lo largo de la centuria. Esquemáticamente, siguiendo a Sá Motta (2002: 15-46), podría decirse que el anticomunismo tuvo tres “matrices” o marcos teóricos desde los cuales fundamentaron sus posiciones parte importante de quienes se identificaron con esta polaridad: catolicismo, nacionalismo y liberalismo.

El anticomunismo católico se arrastraba desde el siglo XIX, simultáneo al proceso de elaboración de la doctrina marxista, alcanzando incluso a oponerse a las corrientes socialistas pre-marxistas. En muchos casos, la

oposición eclesiástica al comunismo fue la continuación de una vigorosa tendencia a condenar y rechazar al mundo moderno, proceso iniciado con la Reforma protestante y fortalecido luego con la difusión del ideario ilustrado dieciochesco y la Revolución Francesa. En varias ocasiones, además, el anti-comunismo católico temprano asumió tópicos antisemitas y antimasónicos, identificando al conjunto de sus enemigos con la obra destructora de Satán en la tierra. La primera encíclica papal que abordó el tema del comunismo fue la “*Quod Apostoli Muneris*” de León XIII en 1878, y será este mismo pontífice en su célebre “*Rerum Novarum*” de 1891 quien fijará las directrices del anticomunismo católico en el siglo XX, enmarcado dentro de lo que comenzó a conocerse como la “*Doctrina Social de la Iglesia*”, iniciada con ese documento eclesiástico. En ella condenaba severamente a la doctrina marxista por oponerse y atacar a la religión, y con ello a todo el sistema de valores y creencias en los cuales se basaba (orden, jerarquía, familia, caridad, etc.), a la vez que se hacía cargo de la pauperización de los sectores trabajadores de las naciones industrializadas mediante condenaciones igualmente fuertes a los excesos del capitalismo liberal. Proponía como remedio la organización del proletariado en instituciones corporativas obreras de raigambre cristiana y la inserción del Estado en el área de la producción como ente regulador y protector de los sectores más desfavorecidos.

Todas las objeciones doctrinarias que el pensamiento católico le hizo al marxismo se transformaron durante el siglo XX en abiertas y reiteradas condenaciones, principalmente a partir del inicio de sus experiencias históricas y de conflictos bélicos en donde fuerzas de ese signo tomaron parte. En ese sentido, la Revolución Rusa significó la materialización de todos los temores con respecto a este tipo de regímenes, toda vez que el discurso público del nuevo Estado soviético enfatizaba el carácter pernicioso de la religión y sus instituciones para el avance de la humanidad hacia sus objetivos de organización socialista. Parte de la sensibilidad católica anticomunista derivó en un “occidentalismo” maniqueo que identificaba al nuevo gobierno marxista como un ataque directo a la “civilización” cristiana-occidental. La dicotomía bíblica Dios-Satán, en esta perspectiva, se traducía en la tierra en la nueva oposición Roma-Moscú, atribuyéndole a cada polo los roles del Bien y el Mal en aquel fundacional combate mítico. El impacto de la Guerra Civil Española en Chile, por ejemplo, sirvió de trasfondo a un duro debate político-ideológico que tuvo como abanderado del nacionalismo franquista al conservadurismo católico y tradicionalista. La encíclica de Pío XI, dada a conocer en 1937 y titulada “*Divinis Redemptoris*” colaboró en este sentido, al llamar directamente al combate al comunismo, tildándolo de paso como “intrínsecamente perverso”.

Los tópicos del anticomunismo católico, luego de esa coyuntura, continuaron enfatizando la defensa de las ideas fundamentales de la doctrina cristiana, cambiando en la medida en que la Iglesia misma iba reformulando

la aplicación práctica de esos postulados (Huerta y Pacheco, 1988). Así, por ejemplo, la idea de defensa del orden social jerárquico e inmutable de principios de siglo perdió fuerza ante nociones más progresistas derivadas de la Doctrina Social de la Iglesia que propiciaban la reestructuración de ese orden a favor de los sectores populares, propia de la sensibilidad eclesial de los años sesenta y setenta. La carga anticomunista de ese tipo de planteamientos poco a poco fue posicionándose como un alternativismo entre capitalismo y socialismo, dejando de ser únicamente la defensa del primero y la condena del segundo. Por cierto, esa tendencia no fue compartida por todos los sectores que se asumían como defensores del catolicismo, toda vez que, al igual que en el caso del anticomunismo, el arco de pensamientos, posiciones y prácticas que permitía esta sensibilidad iba desde el conservadurismo autoritario a un reformismo avanzado, e incluso a posiciones abiertamente revolucionarias.

La segunda fuente de inspiración del anticomunismo, como se mencionó, fue el nacionalismo. Por esto entendemos aquella corriente política que funda su doctrina y accionar en la concepción de la nación como un cuerpo orgánico superior a las individualidades que lo componen, dotado de un ser y un destino que precisa tanto de la férrea unión de sus componentes como de la dirección de sus hombres notables para llevarlo a cabo. Como ha señalado Benedict Anderson (2006: 22-25), el nacionalismo más que una ideología, constituye un esfuerzo a ratos más emocional que racional por “imaginar” una comunidad coherente y homogénea más amplia que la inmediatamente circundante.

Este tipo de nociones fueron formuladas y difundidas por quienes se autoasignaron la tarea de defender una versión esencializada de una comunidad frente, en la mayoría de las veces, a un proceso de decadencia de aquellos valores inherentes a la nación o a un enemigo externo que amenazaba con disgregar aquella unidad. En este sentido, es posible advertir la presencia de una corriente nacionalista ya constituida cuando el esfuerzo normativo por establecer qué es y qué debe ser la nación pasa desde el Estado –tarea asumida en Latinoamérica en gran medida durante el siglo XIX– hacia grupos específicos de la sociedad.

En Chile existió un movimiento propiamente nacionalista que, aunque marginal dentro del sistema de partidos, logró difundir sus postulados a partir de organizaciones que no necesariamente actuaban como colectividades políticas clásicas. La historiadora Verónica Valdivia (1992, 1995, 2009) es quien mayor atención le ha dedicado a esta corriente en el país, rastreando su desarrollo orgánico desde la formación de la “Milicia Republicana” a principios de la década de los treinta, pasando por los movimientos fascistas del período de entreguerras, hasta los grupos nacionalistas de corte hispanista y corporativista de las décadas centrales del siglo. Esta corriente alcanzó su

mayor momento de impacto político con la formación del Partido Nacional en 1966, en conjunto con los restos de los tradicionales partidos Conservador y Liberal.

Ahora bien, las invocaciones nacionalistas no fueron propiedad exclusiva de estos grupos específicos. A decir verdad, todos los sectores políticos hicieron uso de esta retórica con mayor o menor frecuencia, incluidos los comunistas, sin muchas veces participar de los postulados doctrinarios de esta corriente. El anticomunismo nacionalista fue común tanto a quienes sí adherían al nacionalismo como también de quienes ocasionalmente hacían uso de parte de este ideario, participando de una lógica bastante clara: en tanto se concebía a la nación como una realidad suprema, única e indivisible, el comunismo se interpretaba como una fuerza disgregadora, que gracias a su énfasis en la lucha de clases y en la división de la sociedad entre explotadores y explotados, constituía una amenaza no solamente para la estabilidad de la nación sino que también para su existencia misma. A ellos se sumaba la retórica internacionalista del comunismo y las continuas referencias a la Unión Soviética como la “patria de los trabajadores” que dieron pie a los nacionalistas de uno u otro tipo a concebir al comunismo como una ideología foránea, sin arraigo ni relación con los rasgos esenciales de la nacionalidad, y a los comunistas como elementos vende-patria sojuzgados a intereses foráneos. Para los nacionalistas era inaceptable que una doctrina propalase el principio del internacionalismo obrero y la solidaridad con los regímenes socialistas por sobre las necesidades y objetivos propios de cada nación, por cuanto atentaba contra la unidad de aquella “comunidad imaginada”. Más aún, cuando la idea de nación esgrimida por ciertos sectores anticomunistas, especialmente los más conservadores, asumía la religión católica como parte inherente de la identidad nacional, tanto las matrices católica como nacionalista se conjugaban en un discurso anticomunista especialmente potente.

La tercera matriz del anticomunismo la constituyó el liberalismo, corriente de pensamiento de importantísima relevancia política en el Chile republicano. Durante el siglo XIX constituyó el fundamento ideológico del nuevo ordenamiento político surgido tras el proceso de emancipación, influyendo en sus contenidos y retóricas en gran parte de los sectores sociales inmersos en la esfera pública. Por cierto, la adopción en Chile de esta corriente no estuvo exenta de conflictos, especialmente con la poderosa fracción conservadora de la elite que se oponía, entre otras cosas, a la ampliación de la participación democrática y la secularización del Estado y la sociedad (Collier, 2005; Krebs *et al.*, 1981). Sin embargo, con el correr del siglo, el liberalismo poco a poco fue haciéndose hegemónico tanto dentro como fuera de la elite, disminuyendo al mismo tiempo la relevancia de este tipo de disputas doctrinarias. Liberales y conservadores, y luego radicales y demócratas, asumieron como propios los principios básicos del liberalismo, demostrando eso sí un entusiasmo variable por llevarlos a la práctica. Fue ya durante el período parlamentario en donde

la acción política conjunta de liberales y conservadores se hizo recurrente, consolidando esa alianza en la década de los treinta debido a la transformación de ambos grupos en partidos políticos de derecha, motivados principalmente por la aparición de una izquierda política fuerte y con pretensiones de poder.

Para efectos prácticos, distingamos aquí entre liberalismo político y liberalismo económico, variantes ambas de gran impacto en la formulación de discursos anticomunistas. El liberalismo político, en primer lugar, hizo énfasis en la instauración y permanencia de las libertades públicas, por un lado, y en la organización democrática del poder político, por otro. En ese sentido, se entendió al comunismo justamente como el ahogamiento de dichas libertades y la supresión de la voluntad popular de elegir a sus representantes, proceso marcado por una ampliación excesiva del ámbito de acción del Estado. Desde esta perspectiva, la Unión Soviética primero y la Cuba castrista después se asumieron como sistemas políticos “totalitarios”, concepto popularizado con los regímenes fascistas italiano y alemán, donde el Estado suplantaba por completo el poder de decisión de los individuos, prohibiéndoles de paso todo atisbo de ejercicio de las libertades fundamentales. Al ser estos sistemas los referentes de la izquierda marxista local, el anticomunismo liberal enfatizaba el sombrío futuro del sistema político con la eventual llegada al poder de estas colectividades. Se anunciaban clausuras de periódicos, sindicatos, partidos políticos, además de la instauración de un Estado policial que atentaría contra la vida de sus ciudadanos de forma sistemática y arbitraria. Este tipo de invocaciones se hicieron más recurrentes a partir de la segunda posguerra y la configuración del orden global en un esquema bipolar. El conflicto, en ese momento, se planteó entre democracia y comunismo, entendiendo a la primera como un atributo propio de todo Occidente (incluida sus dictaduras). De ese modo, mediante un ejercicio de definición por negación, todas las fuerzas anticomunistas se convirtieron automáticamente en demócratas, incluso cuando la adhesión a este tipo de régimen no era del todo convincente.

A diferencia del caso brasileño estudiado por Sá Motta, la existencia de una democracia medianamente efectiva durante gran parte del siglo XX en Chile transformaba a este tipo de discursos en argumentos muy convincentes, más aún cuando en los regímenes socialistas efectivamente el régimen democrático liberal no imperaba, y las declaraciones de los adherentes locales a estas experiencias no expresaban completa conformidad por la continuidad de ese sistema de gobierno. Esto último fue especialmente problemático para la izquierda chilena debido a sus inconsistencias teóricas frente a la democracia y la inserción institucional de sus colectividades (Vergara, 2010).

El anticomunismo liberal también se expresó en el área económica, siendo su argumento principal la defensa de la propiedad, entendida como un derecho inalienable y fundamental para el funcionamiento del orden social. El

comunismo, por contraposición, constituía una amenaza directa en este sentido al propalar la socialización de la propiedad de los medios de producción y, se decía entonces, incluso de todo bien de uso personal. Las expropiaciones, según las representaciones creadas por estos sectores, serían especialmente violentas e injustas en un eventual gobierno de corte marxista en el país, tal y como lo serían en los “socialismos reales”, primando la odiosidad de clase y los imperativos políticos del régimen por sobre consideraciones de tipo ético o económico. Este tipo de enfoque criticaba también a las fuerzas comunistas por la ineficiencia económica de sus regímenes. Las imágenes sobre la Unión Soviética y Cuba que difundían estos sectores, las experiencias más recurrentes a través del siglo, se caracterizaban por la pobreza material y el hambre imperante en sus poblaciones, producto de la incapacidad de sus sistemas económicos centralizados de satisfacer las necesidades mínimas. A ello contraponían las bondades de la libre empresa y la iniciativa individual como caminos seguros de desarrollo económico. Por cierto, todos estos planteamientos se relacionaban con los del liberalismo político por cuanto se asumía como condición de existencia de la democracia la posibilidad de elegir “libremente” dentro del campo de la producción. En este sentido, el anticomunismo liberal insistió continuamente en la defensa de la “libertad” como un todo, contraponiéndola a la “esclavitud” absoluta reinante en el campo socialista.

Catolicismo, nacionalismo y liberalismo, entonces, constituyeron durante el siglo XX las fuentes de inspiración del discurso anticomunista. Cada corriente político-ideológica elaboró su propia versión de anticomunismo mediante la combinación particular de estos tres grandes sistemas de pensamiento. Así por ejemplo, el conservadurismo chileno asumió como bandera de lucha propia durante el siglo XX la defensa de una democracia que tildaban como ideal y excepcional dentro del concierto de las repúblicas latinoamericanas, a la vez que se presentaban como los paladines de la religión católica en su lucha contra el demonio contemporáneo. Otros sectores, en consonancia a sus principios doctrinarios, levantaron discursos anticomunistas que respondían a otras combinaciones de sus matrices, lo cual a su vez los llevó a plantear distintas estrategias en su lucha contra el comunismo. Mientras unos apelaron a la exclusión y represión estatal del comunismo, otros abogaron por la lucha de ideas a través de la propaganda o por la reforma social que subsanase las deficiencias y desigualdades del orden de cosas imperantes, eliminando así lo que se pensaba era el caldo de cultivo de la propagación del marxismo.

Cambios y continuidades del anticomunismo en Chile

La labor proselitista de Luis Emilio Recabarren en la pampa salitrera durante los primeros años del siglo XX y la creación del Partido Obrero Socialista (P.O.S.) en 1912, como corolario de lo primero, significaron el ingreso formal del marxismo a las corrientes ideológicas chilenas (Pinto y Valdivia, 2001). Si

bien ya existía una cierta “persuasión antirrevolucionaria” en el país en contra de demócratas, anarquistas y otras vertientes del socialismo, el antimarxismo desarrollado a partir de este momento fue cualitativamente diferente en su fuerza y accionar, en la medida en que la nueva colectividad de Recabarren declaró pertenecer a un movimiento a escala global en pos de la liberación del proletariado. Ello, como se mencionó, entró en pugna con las visiones nacionalistas del momento preocupadas por la seguridad nacional y los peligros de las doctrinas foráneas⁷. De hecho, esta sensibilidad se explicó las continuas represiones llevadas a cabo por el Estado en contra del movimiento obrero, siendo la más famosa y recordada de ellas la matanza de la Escuela de Santa María de Iquique en 1907, como una legítima acción de defensa ante lo que se creía era una agresión de “agitadores extranjeros” que buscaban disolver el orden social. Estos años, de hecho, significaron el debut de la polaridad marxismo-antimarxismo en la política chilena, levemente esbozada primero con la crítica intelectual en las celebraciones del centenario de la República, en 1910, y más consistente después con la aparición de estas orgánicas partidarias de abierto contenido socialista (Fermandois, 2004: 73-77).

La Revolución Rusa de 1917 significó la materialización de todos los temores incubados en los años precedentes con respecto al peligro marxista. Evguenia Fediakova (2000) ha señalado al respecto que la recepción en Chile y el mundo de este suceso implicó una verdadera “explosión del imaginario”, en la medida en que el fin de la Rusia zarista y el inicio del régimen soviético obligaron a reconfigurar, mediante un intenso trabajo de producción simbólica, las creencias y las representaciones que se tenían de antemano con respecto tanto a aquellas lejanas regiones como al equilibrio de fuerzas a escala global. La existencia de un Estado socialista soviético dio paso a mitificaciones y absolutizaciones con respecto a él, transformándose ya sea en la esperanza de la redención de la humanidad o en la expresión de lo más abyecto de la naturaleza humana. La transformación del P.O.S. en Partido Comunista como consecuencia de su inclusión en la III Internacional, en 1922, constituyó uno de los efectos directos de la revolución de Octubre, materializándose así, para los sectores anticomunistas, la presencia de aquel grave peligro en territorio nacional. En concordancia con ello, la prensa de alcance nacional de entonces –inequívocamente alineada con los intereses de los sectores propietarios y la elite política– comenzó a informar, a la vez que describir, sobre la realidad rusa, introduciendo al público chileno a las particulares interpretaciones de los conceptos en boga para significar las nuevas realidades. La revista “Sucesos” de la capital, en junio de 1919, por ejemplo, definía a la nueva dirigencia rusa en los siguientes términos:

7 Ejemplo de ello fueron la formación de las “Ligas Patrióticas”, agrupaciones nacionalistas de fuertes tendencias xenófobas y antimarxistas. Al respecto véase Deutsch, 2005.

¿Qué significa la palabra bolshevikis? Hay todavía mucha gente que lo ignora. “Bolshevikis” es una palabra rusa que significa ‘maximalista’. De manera que maximalista y “bolshevikis” es la misma cosa (...) Maximalista o “bolshevikis” son en Rusia los que sustentan el programa ‘máximo’ del socialismo; es decir, los extremistas. Equivalen, por lo tanto, a los que fueron los “jacobinos” en Francia. Son los más exaltados; los que pretenden el completo trastorno de la sociedad actual, y el reparto inmediato de las tierras y de la riqueza. Siendo los más exaltados, se valen de la violencia para la implantación de sus teorías (Citado en Estenssoro, 1992: 14).

Las elaboraciones de sentido con respecto a la naciente Unión Soviética continuaron en las décadas siguientes. Las noticias que llegaban desde esa parte del mundo se divulgaban con una significación consciente de acuerdo a las interpretaciones generales que se hacían de este nuevo orden. Los temas más recurrentes en este proceso fueron el rol de la religión, la mujer y la familia dentro de la sociedad, así como también las concepciones en torno al Estado, la política, la educación y la cultura. Todo ello muchas veces hablaba más de los debates internos de Chile que de la realidad soviética del momento, colaborando de ese modo en la consolidación de la polaridad marxismo-antimarxismo en la política del país. La prensa conservadora, por ejemplo, condenó desde un principio todos los aspectos de la experiencia soviética, en una época en que la percepción de amenaza de la elite se iba incrementando como producto de la irrupción de nuevos actores sociales en la esfera pública. El terror estatal, las deportaciones en masa, la violencia descontrolada y el impulso antirreligioso, entre otros aspectos, fueron continuamente destacados por esta sensibilidad, mostrando en qué medida tales realidades eran radicalmente ajenas a las necesidades y valores locales (Fediakova, 2000: 113-140).

En Chile, el marxismo no fue una fuerza relevante hasta la década de los treinta, aunque en el intertanto la retórica anticomunista había seguido tomando fuerza, especialmente en las reñidas elecciones presidenciales de 1920 y durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927 – 1931). Una vez terminada ésta y reinstaurado el presidencialismo democrático de la mano de Arturo Alessandri, el sistema de partidos chilenos adoptó la configuración que mantuvo a grandes rasgos hasta 1973. Por un lado, la derecha estuvo representada por los Partidos Conservador y Liberal, constituyéndose en gran medida en base a los sectores económicamente dominantes de la sociedad. Por otro lado, un poderoso Partido Radical se posicionó en el centro del espectro político y social, mientras que en la izquierda marxista nacía una nueva colectividad de gran importancia en el futuro, el Partido Socialista (1933), que se sumó al ya mencionado Partido Comunista. Los últimos tres grupos no tardaron en aliarse en torno al antifascismo hacia mediados de la década, fenómeno coincidente con el viraje estratégico de la III Internacional en esa

dirección. Fue así como nació el Frente Popular, fórmula que se experimentaba por entonces en España y en Francia, levantando la candidatura del radical Pedro Aguirre Cerda para las elecciones presidenciales de 1938.

Aquella intensa campaña, en consonancia con la estrechez de los resultados finales, fue el momento de mayor proyección política del anticomunismo antes del inicio de la Guerra Fría. Los opositores al Frente Popular vieron con pavor la inclusión del comunismo en él, esperando de su victoria la instauración de un régimen totalitario o el inicio de una sangrienta guerra fratricida como la que entonces se desarrollaba en España. La victoria de Aguirre Cerda, lejos de eso, inició una tríada de gobiernos radicales de tintes modernizadores y democratizadores en alianza con uno u otro sector de la izquierda, luego de la rápida disolución del conglomerado frentepopulista.

El estallido de la II Guerra Mundial atemperó parcialmente el anticomunismo en Chile y en el mundo en virtud de la amplitud de la alianza construida para luchar contra el nazismo, especialmente a partir de 1941, año en el cual tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética ingresaron al conflicto. A pesar de que Chile oficialmente abandonó la neutralidad hacia finales de la guerra, y que sectores considerables de la población abrigaban simpatías –no necesariamente por razones ideológicas– para con los países del Eje, la amenaza comunista a nivel global pareció perder urgencia frente al llamado “enemigo común”. Por cierto, las dinámicas locales y mundiales, si bien están relacionadas, se mueven a distinto ritmo, por lo que el contexto ideológico imperante durante la guerra no significó necesariamente el cese definitivo de las tendencias anticomunistas. Fue una vez acabada la guerra, y como producto de pugnas políticas internas, que el anticomunismo chileno tomó nuevos bríos, pudiendo traducir sus inquietudes en prácticas políticas concretas.

El Partido Comunista chileno pudo llegar al poder nuevamente en 1946 gracias a la victoria electoral de su aliado, el radical Gabriel González Videla. El último período de su antecesor, el también radical Juan Antonio Ríos, estuvo marcado por la inestabilidad social y la agudización de los conflictos laborales. En tal convulso contexto, la retórica sobre el “peligro comunista” como amenaza a la democracia volvió al primer plano del debate público, en virtud de la asociación que se hacía entre la intensa actividad huelguística del momento y la labor agitadora del PC. La derecha, desbordante de optimismo ante el descrédito del gobierno radical, se permitió llevar dos candidaturas, lo cual a la postre se tradujo en una estrepitosa derrota. González Videla, de ese modo, pudo vencer en los comicios, pero al no conseguir la mayoría absoluta de las preferencias, como indicaba la Constitución, el Congreso Pleno debía de escoger entre las dos primeras mayorías, lo que redundó en la inclusión de ministros liberales, además de comunistas, en el gabinete. La llegada a La Moneda de los “rojos”, por supuesto, motivó alarma en los

sectores anticomunistas, aunque sin llegar a los niveles de 1938, ni mucho menos a los de 1970. De ese modo, la política chilena, incluso antes de que la bipolaridad ideológica a escala global se consolidara, ya caminaba por los rumbos de la Guerra Fría (Fermendois, 2004: 239-244).

Pero el “problema comunista” no quedaría ahí. El PC, en el período anterior, había sido capaz de desenvolverse sin mayores problemas dentro del sistema político chileno desde la oposición, actuando tanto dentro de los canales institucionales como de lo que ellos denominaban “frentes de masas”, es decir, organizaciones sociales –laborales, gremiales, barriales, estudiantiles, etc.– orientadas a representar los intereses de esos sectores de la población. Mantener esa especie de doble estrategia desde el gobierno se hizo en exceso problemático, más aún cuando existían extendidos resquemores dentro y fuera del país por la presencia del comunismo en él. Dada la continuidad de la conflictividad social, sumada a las presiones locales e internacionales, el quiebre entre González Videla y el PC se hizo inevitable, materializándose en abril de 1947. Desde ese momento comenzó una guerra política abierta entre el PC y el Ejecutivo, mientras las invocaciones anticomunistas aumentaban y se radicalizaban. Una combativa y extensa huelga de los mineros del carbón, fuente energética vital para el Chile de entonces, en octubre de ese año, hizo responder con vehemencia a González Videla, declarando la zona en estado de emergencia e interviniéndola militarmente. Como corolario al agudo conflicto social, el gobierno envió al Parlamento la llamada “Ley de Defensa de la Democracia”, que ilegalizaba al Partido Comunista y borraba de los registros electorales a todos aquellos identificados como sus militantes (Hunneus, 2008).

Simultáneo a todo esto, se fundaba en la capital la única organización específicamente anticomunista que alcanzó cierta notoriedad en el escenario político local, la Acción Chilena Anticomunista (ACHA) compuesta principalmente por radicales de derecha –como su presidente, el multifacético Arturo Olavarría Bravo–, liberales, conservadores, algunos socialistas y grupos nacionalistas liderados por Jorge Prat, además de varios ex militares. Sus labores se enfocaron principalmente en la propaganda, organizándose además como un ejército civil que alcanzó a contar con algo de material bélico para el caso de un eventual enfrentamiento. Una vez aprobada la ley, y calmándose las aguas en la política chilena, esta institución fue poco a poco perdiendo fuerza, hasta disolverse silenciosamente poco tiempo después (Maldonado, 1989).

La discusión de esta iniciativa produjo un terremoto político, provocando en la mayoría de las colectividades profundas divisiones y exhibiéndose de paso toda la gama de anticomunismos presentes en ese momento en el sistema de partidos chileno. El Partido Conservador se dividió entre “social-cristianos” y “tradicionalistas”, que propiciaron distintas soluciones al “pro-

blema comunista". Mientras la primera fracción, liderada por Horacio Walker y Eduardo Cruz-Coke, se opuso a la medida, basándose en aquel conocido axioma de Maritain de que "las ideas se combaten con ideas", el segundo grupo, encabezados por Héctor Rodríguez de la Sotta y Sergio Fernández Larraín, ciertamente los anticomunistas más activos del conservadurismo chileno, contraargumentaban señalando que resultaba lícito combatir ideas en acto, por cuanto el comunismo no se expresaría solamente como ideología abstracta, sino que se materializaba en acción política atentatoria del orden social vigente. La pugna interna fue ganada por este último sector, pero en el momento de votar la ley en el Congreso el sector disidente no la aprobó. Desde ese momento, la distancia entre ambas alas del conservadurismo fue en continuo crecimiento, lo que finalmente, en mayo de 1949, desembocó en la separación definitiva de la colectividad (Correa, 2005: 126-131). En otros sectores políticos sucedieron conflictos semejantes. Los falangistas socialcristianos nuevamente tuvieron problemas con la jerarquía eclesiástica dado su "débil" antimarxismo, mientras que los socialistas terminaron por separarse entre quienes levantaron posiciones anticomunistas y quienes se opusieron al proyecto de ley.

La "Ley de Defensa de la Democracia" sólo fue derogada en 1958, en las postrimerías del segundo gobierno de Carlos Ibáñez. Junto a eso, comenzó un proceso de reformas institucionales que ampliaron las posibilidades de participación política de sectores antes no integrados, lo cual inauguró una nueva etapa dentro del desarrollo político chileno en el siglo XX. Para el caso del discurso anticomunista, los años finales de la década de los cincuenta significaron también un cambio profundo en sus contenidos y referentes, gracias en gran medida al derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista a manos de la guerrilla liderada por Fidel Castro en Cuba, en los primeros días de 1959. Si bien muchos sectores en Chile miraron con simpatía este suceso, el posterior viraje marxista del régimen de Castro y su inclusión en el área de influencia soviética —especialmente tras la fallida invasión contrarrevolucionaria inspirada por Estados Unidos en 1961 y la llamada "crisis de los misiles" de 1962— provocaron de inmediato el rechazo absoluto de quienes sustentaban algún tipo de postura anticomunista. La Revolución Cubana significó el inicio de una nueva etapa en la historia latinoamericana, por cuanto su existencia actuó como un poderoso estímulo en los procesos históricos de la región, inspirando tanto intentos revolucionarios armados, desestabilización de distintos tipos de regímenes, intervenciones extranjeras e instauración de dictaduras militares, entre otras cosas. Cuba, en este sentido, significó un referente de enorme importancia para crecientes sectores sociales y políticos de Latinoamérica, inspirándoles un sentimiento de urgencia por cambiar el orden de cosas vigente a unos y una profunda aversión por los métodos y fines políticos utilizados por el castrismo y sus adherentes locales, a otros (Wright, 1992-1993: 177-185).

Todo esto, a su vez, revitalizó el discurso anticomunista en Chile, posicionando a Cuba como la imagen principal hacia donde apuntar sus críticas. Nuevamente salieron a la luz los temas de la familia, el respeto a la religión, el rol de la mujer y la moral pública, como también consideraciones sobre la mantención de las garantías individuales, las libertades públicas y la soberanía nacional, entre otros tópicos recurrentes. Por cierto, los efectos de la Revolución Cubana no quedaron solamente en un plano ideológico o discursivo. Estados Unidos, en su afán de aislar al nuevo régimen del sistema interamericano, promovió y consiguió con el apoyo de varias repúblicas latinoamericanas la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos en la conferencia de Punta de Este de 1962, para luego, en 1964, decretar la ruptura de relaciones diplomáticas con la isla por parte de todo el continente. El gobierno chileno se opuso a estas resoluciones amparándose en el principio de no intervención, pero, luego de que la mayoría de los países americanos apoyaran la segunda medida, y en virtud de la tradicional línea de la política exterior chilena de “respeto a los tratados”, Alessandri no tuvo otra opción que cortar los vínculos diplomáticos con la isla en agosto de 1964, a menos de un mes de las elecciones presidenciales (Fernandois, 1982).

La conjunción en Chile de una izquierda marxista en proceso de reunificación y ascenso electoral, con el ascendiente que sobre ella tuvo la experiencia cubana, consolidó y potenció la persuasión anticomunista en el debate público, tendencia que se fue agudizando en la medida que se acercaban los comicios presidenciales de 1964. La correlación de fuerzas del sistema de partidos chilenos, moldeada tanto por el desarrollo de corrientes ideológicas de largo plazo como por coyunturas específicas, sumado el contexto global y continental del momento, le dieron a las elecciones de ese año una inusitada fuerza y relevancia, que, entre otras cosas, desembocó en el episodio de mayor proyección política del anticomunismo en Chile.

Conservadores y liberales, la derecha tradicional chilena, habían logrado llegar una vez más al poder en el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964), aliándose en el ínterin con los radicales. El fracaso relativo del proyecto liberal de modernización capitalista aplicado en esos años significó la adopción única del anticomunismo como discurso político por parte de este sector, renunciando a formular cualquier tipo de planteamiento propositivo. Ante el crecimiento de la izquierda marxista, la derecha intentó unificar a todos los sectores anticomunistas, llevando un candidato único a los comicios presidenciales. Esto fue parcialmente materializado con el nacimiento del Frente Democrático, integrado por conservadores, liberales y radicales, quienes según la “voz de las cifras” tenían la primera opción para vencer en 1964.

Paralelo a todo esto, una nueva corriente política iba expandiéndose y tomando forma. En 1957 se fundó la Democracia Cristiana como producto de la fusión de la Falange Nacional con otros grupos socialcristianos. Su crecimiento

por estos años se debió a la transformación de esta colectividad en un eficiente partido de masas, a la penetración de sus postulados en el estudiantado, en los sectores populares urbanos y rurales y en otras organizaciones sociales; y, además, al prestigio de su líder, Eduardo Frei, político e intelectual ya en ese momento de respetada trayectoria. El ideario de corte socialcristiano de este nuevo partido enfatizaba la necesidad de construir una sociedad alternativa al capitalismo y al socialismo, formulándole a ambas formas sociales duras críticas. Era, en este sentido, un “anticomunismo alternativista”, que junto a la crítica ideológica al marxismo proponía un modelo de desarrollo social basado en los preceptos de la Doctrina Social de la Iglesia y de otros modelos teóricos de corte estructuralista como los elaborados entonces por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Levantando una estrategia independiente de acción política, la DC se definió con respecto a las elecciones de septiembre de 1964 llevando como candidato a Frei, su líder natural (Grayson, 1968: 331-370; Moulian, 1986).

La llamada “Revolución en Libertad” de la Democracia Cristiana –que luego de una estrepitosa derrota de la derecha en una elección complementaria en Curicó, recibió el apoyo incondicional de conservadores y liberales– se perfiló como un proyecto afín a la política norteamericana hacia América Latina de ese momento, expresada en la llamada “Alianza para el Progreso”, un programa de asistencia internacional que buscaba fomentar los cambios estructurales necesarios para apaciguar el descontento social imperante. Frei, en este sentido, se transformó –no sólo en Chile– en un símbolo de progresismo político opuesto al castrismo cubano, caracterizado por el impulso a profundas reformas sociales divergentes a las pregonadas por las corrientes marxistas.

Tanto el propio carácter de la candidatura demócratacristiana, el apoyo recibido por parte de la derecha política y las posibilidades ciertas de victoria de Salvador Allende y el FRAP, colaboraron en la generación de un ambiente político propicio a la difusión mediática de argumentos de tipo anticomunista. Lo que durante 1963 y la primera parte de 1964 fue una pugna política dentro de los márgenes usuales para el Chile de entonces, se transformó a partir de junio-julio de 1964 en una campaña mediática a gran escala, utilizando todos los medios de comunicación de masas disponibles entonces. Afiches callejeros, inserciones en periódicos, avisos radiales y encendidos discursos de políticos nacionales y activistas extranjeros animaron un esfuerzo mediático caracterizado por la masividad de su propaganda y un nutrido y polémico financiamiento. De hecho, gracias a la labor de desclasificación de documentos secretos llevados a cabo en Estados Unidos, como también a los testimonios de quienes se vieron involucrados en ese episodio, se ha podido esclarecer en gran parte la naturaleza y dimensión de la intervención estadounidense en los comicios chilenos de ese año, que tuvo por objetivo principal la instalación y financiamiento de un enorme aparato mediático destinado a demonizar a la

izquierda local y, de ese modo, inducir al electorado chileno a votar por Frei (Uribe, 2001; Keefer, 2004; Gustafson, 2007). En el contexto latinoamericano de ese año, Chile se había convertido en un campo de lucha política de alta carga simbólica, toda vez que allí se enfrentaban en un escenario democrático institucional fuerzas políticas que reproducían los principales conflictos regionales, relacionados principalmente con el impulso revolucionario desatado por la Revolución Cubana y la labor desarrollista y modernizadora, a la vez que contrarrevolucionaria, de los Estados Unidos. La política chilena, en otras palabras, fue permeada por la política mundial, tanto por el interés de actores internacionales en su dinámica interna como también por la utilización de conceptos, imágenes y referentes globales en la campaña presidencial local.

La propaganda anticomunista desplegada en 1964 tuvo como principales referentes a la Cuba castrista y a la Unión Soviética, representándolos como verdaderos infiernos mundanos, donde toda libertad era suprimida y reinaba la arbitrariedad de quienes ilegítimamente habían usurpado el poder. En ese sentido, estos sectores advirtieron que, de ganar Allende y el FRAP, la sociedad chilena caería en las garras del totalitarismo marxista, lo que implicaba automáticamente la disolución de los vínculos sociales, la conculcación del régimen democrático, la desestructuración del sistema económico y el fin de la independencia política de la nación, entre otras cosas. Mientras se difundían por radio advertencias sobre la violencia que los “comunistas” desatarían sobre la población chilena de vencer el FRAP, aparecían periódicamente en las calles afiches con impactantes imágenes de niños cubanos armados y de fusilamientos de supuestos disidentes del régimen castrista, advirtiendo al elector chileno que Allende fomentaría esas mismas realidades en su eventual gobierno. Por su parte, conservadores y liberales, y varios representantes demócratacristianos, reprodujeron los principales tópicos de la propaganda anticomunista anónima, con la expresa colaboración de periódicos afines de circulación nacional como *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*.

Dentro de las muchas expresiones de propaganda anticomunista desplegada en los meses previos a la elección, destaca la serie de afiches firmados por la agrupación llamada “Foro de la Libertad del Trabajo”, creada en 1963. Esta organización se dedicó, como decía su nombre, a defender públicamente una versión liberal de las relaciones económico-sociales, incluyendo el emprendimiento privado, la defensa del derecho de propiedad y, por supuesto, la ausencia de todo tipo de regulación estatal en el mercado laboral, lo que en esa óptica era denominado precisamente como “libertad de trabajo”. La directiva del “Foro de la Libertad de Trabajo” se componía de una serie de personeros ligados a la actividad empresarial y vinculados de diferentes formas a los partidos de derecha, particularmente al liberalismo. Su presidente, Óscar Ruiz Tagle, era secundado como vicepresidente por Javier Echeverría Alessandri, sobrino del Presidente, Óscar Rocuant, secretario, y los directores Juan Edwards, Guillermo Elton, Ángel Fernández, Ricardo Claro, Fernando

Larraín, Pablo Aldunate y Luis Sousa. Con la llegada de 1964 y, particularmente, con el reordenamiento político luego del “naranjazo” de marzo de ese año, la organización reforzó su esfuerzo propagandístico en clave abiertamente anticomunista. A principios de junio comenzaron una fuerte y visible campaña de afiches del “Foro de la Libertad de Trabajo”⁸, titulada “Chile en la encrucijada”. En uno de esos carteles, dedicado especialmente al mundo agrario, podía leerse:

Escucha campesino chileno. Encarnas la mejor tradición de la Patria y eres como un símbolo de la chilenidad.

Todos queremos para ti, y para todos los hombres de trabajo una vida mejor. Todos queremos que el progreso de Chile sea TU PROGRESO. Porque amas a tu Patria y a tu familia impedirás que, con falsas promesas, el marxismo tiranice al campesinado chileno y destruya tu libertad (Foro de la Libertad de Trabajo, 1964).

Ese tipo de mensajes se complementaron con otras formas de propaganda aún más directas y hostiles. La radio fue uno de los vehículos más utilizados por quienes organizaron campañas anticomunistas abiertas, sobre todo por parte de aquellos que no quisieron identificarse como autores de ella, técnica conocida como “propaganda negra”. Uno de aquellos avisos radiales, que impactaban particularmente en los sectores populares urbanos y rurales, decía:

Control: Tableteo de ametralladora...

Locutor 1: ¡Han matado a mi hijo! ¡Los comunistas!...

Locutor 2: El comunismo sólo ofrece sangre y dolor. ¡Para que esto no suceda en Chile, elijamos presidente a Eduardo Frei!

Control: Música dramática...(Cit. en Marín, 1976: 38-39)⁹.

La “tradición anticomunista” chilena adquirió nuevos bríos con la experiencia de 1964, actualizando tópicos ya utilizados en las décadas anteriores y agregando imágenes nuevas que, durante los convulsos años 60, sirvieron como marco conceptual con los cuales los sectores políticos y sociales identificados con la derecha y parte del centro político interpretaron la presencia y accionar de la izquierda marxista chilena. A ello colaboraron una serie de desplazamientos al interior de este último sector, relacionados principalmente con la progresiva adhesión del Partido Socialista a las tesis revolucionarias

8 Los afiches fueron publicados en varios medios escritos a partir de diferentes momentos entre junio y julio de 1964. En *El Mercurio*, por ejemplo, comenzaron a aparecer el 4 de junio, mientras que en *Golpe* lo hicieron el 10 de julio. A medida que se acercaba la elección presidencial, la aparición de estos carteles se hizo más y más recurrente.

9 Este aviso, señala el mismo Marín (1976), se alternó con otros del mismo estilo cada aproximadamente 25 minutos. Eso quiere decir que cada día se escuchó unas 36 veces, lo que a escala nacional –en las 41 estaciones en las que se emitía– se transmitió en 1476 ocasiones diarias.

del guevarismo cubano –llegando, en 1967, a proclamar que “la violencia revolucionaria es inevitable y legítima”– y a la aparición de un nuevo referente político, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), de carácter abiertamente rupturista y crítico de lo que llamaban la “izquierda tradicional” (Casals, 2010). En la derecha política también se suscitaron cambios importantes. Conservadores y liberales sufrieron una dura derrota en las parlamentarias de 1965 a manos precisamente del que fuera su aliado, la Democracia Cristiana, lo que aceleró los planes de fusión de ambas colectividades, creando –junto a agrupaciones nacionalistas– el Partido Nacional. El PN asumió un tono más confrontacional, reemplazando las estrategias de contención institucional de sus predecesores por un discurso crítico de las falencias de la democracia liberal y virulentamente anticomunista. La reforma agraria impulsada por el gobierno de Frei y que golpeaba el corazón del poder oligárquico, fue una de las principales banderas de lucha de la colectividad, identificándose como los defensores del derecho a la propiedad y de las jerarquías sociales y, por lo mismo, contrarios a las ansias de transformación social de la izquierda marxista (Valdivia, 2009).

El triunfo de Salvador Allende y el conglomerado de izquierda en 1970 –rebautizado ahora como Unidad Popular– fue tanto reflejo como factor coadyuvante del sentimiento generalizado de crisis integral en Chile. La fórmula democratacristiana de cambio social gradual había demostrado sus limitaciones, a pesar de los avances que había experimentado en la organización e integración de sectores sociales antes excluidos de la esfera pública y en la redefinición parcial del régimen de propiedad, entre otras cosas. Ello generalizó la idea política de que era necesaria una reorganización general del estado de las cosas, para lo cual las distintas opciones políticas presentaron proyectos integrales de sociedad, interpretando la elección presidencial como una encrucijada vital para el desarrollo futuro del país. El nuevo escenario político, caracterizado por la polarización de las posturas políticas y la rigidización del sistema de partidos, no permitió la generación de alianzas, consolidándose los tres tercios y, de ese modo, creando las condiciones para que Allende se impusiera con una mayoría relativa. Tanto en la campaña misma como en el breve período de indefinición política hasta la ratificación de la victoria izquierdista en el Congreso Nacional, los tópicos anticomunistas mencionados volvieron a la palestra pública, especialmente desde la prensa conservadora y la derecha política, interpretando desde ese esquema conceptual la realidad política del momento.

Palabras finales

Como señala Tanya Harmer (2011: 1-19), la historia política del Chile de finales de los años sesenta y principios de los años setenta es también la historia de la “guerra fría interamericana”. La victoria de la Unidad Popular y el

gobierno de Salvador Allende despertaron simpatías y odiosidades a través de gran parte del continente, internacionalizando de ese modo la pugna político-ideológica marcada por la oposición marxismo-antimarxismo. Ello operó en dos sentidos: por un lado, una serie de actores internacionales se interesaron en los avatares de la política chilena –como los gobiernos norteamericano y cubano, entre muchos otros–, interviniendo de diferentes formas en el desenvolvimiento de la crisis general que se suscitaba en Chile por esos años. Por otro lado, los mismos argumentos, imágenes y tópicos a los cuales apelaron tanto los adherentes como los detractores del gobierno de la Unidad Popular hicieron referencia a realidades globales, bajo el entendido de que lo que estaba en juego en Chile era la versión local de un conflicto político-ideológico global, cruzado tanto por las tensiones Este-Oeste como Norte-Sur.

En ese sentido, la proyección de los anticomunismos en la esfera pública chilena no impactó solamente en el proceso de polarización política sufrido por el país en la segunda mitad de la década de los sesenta, sino que también colaboró en la configuración de una matriz interpretativa con la que parte importante del espectro político asumió la así llamada “vía chilena al socialismo”. Tanto la “tradición anticomunista” desarrollada en el siglo XX como el recuerdo fresco de la “campana del terror” de 1964 proveyeron los conceptos y categorías predeterminadas con las que las fuerzas políticas que se situaron en la oposición a Allende definieron sus cursos de acción, que fueron desde la labor parlamentaria de obstrucción a los designios transformadores del gobierno hasta la desestabilización subversiva usando métodos ilegales y, finalmente, la conspiración junto a militares para derrocar por las armas al gobierno. Todo ese tipo de acciones requirieron de diferentes grados de legitimación pública, que fue profusamente difundida por la mayoritaria prensa de oposición y sus principales portavoces políticos, asumiendo el anticomunismo como marco de referencia privilegiado. Para estos sectores, la izquierda (o, para el caso, el “marxismo”) era antinacional, antidemocrático, antirreligioso y atentaba contra la estabilidad material y afectiva de los chilenos. A ello, por cierto, colaboraba la actitud de ciertos sectores oficialistas –y también otros situados en la ultraizquierda– que no se esforzaban por desmentir esas creencias, en un ambiente hiperpolarizado en el cual la perspectiva de una guerra civil era una posibilidad cada vez más real.

La dictadura militar que surgió como producto del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 elevó al anticomunismo al nivel de ideología oficial, legitimando tanto su accionar contra el gobierno constitucional de Salvador Allende como también la instalación de un amplio aparato represor contra un porcentaje importante de la población chilena. Esa misma “tradición anticomunista” proveyó de un conjunto de motivaciones a los encargados civiles de diseñar el nuevo esquema político, económico y social a través de profundas reformas de corte neoliberal que extendieron su influjo hasta los gobiernos democráticos de los años 90 y la primera

década del siglo XXI, determinando las características del conflicto político y social del Chile actual.

Referencias bibliográficas

ANDERSON, B. (2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

BERNSTEIN, S. & BECKER, J. (1987). *Histoire de l'anticommunisme in France. Tome 1: 1917 – 1940*. París: Olivier Orban.

BLOCH, M. (1990). *Introducción a la Historia*. Buenos Aires: FCE.

CASALS, M. (2010). *El alba de una revolución. La izquierda y la construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956 – 1970*. Santiago de Chile: LOM.

CEPLAIR, L. (2011). *Anti-Communism in Twentieth-Century America*. Santa Barbara: Praeger.

COLLIER, S. (2005). *Chile. La construcción de una República. 1830 – 1865*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.

CORREA, S. (2005). *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*. Santiago de Chile: Sudamericana.

DEUTSCH, S. (2005). *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890 – 1939*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

ESTENSSORO, F. (1992). *La temprana valoración de la revolución bolchevique en Chile. 1918 - 1920*. Santiago de Chile: Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

FEDIAKOVA, E. (2000). Rusia soviética en el imaginario político chileno, 1917 – 1939. En: LOYOLA, M. y ROJAS, J. (compiladores). *Por un rojo amanecer: Hacia una historia de los comunistas chilenos*. Santiago de Chile: ICAL.

FERMANDOIS, J. (1982). Chile y la cuestión cubana. 1959-1964. *Historia*, N° 17, pp. 113-200.

FERMANDOIS, J. (2004). *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial, 1900 – 2004*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.

FORO DE LA LIBERTAD DEL TRABAJO (1964). *Chile en la encrucijada*. Santiago de Chile: Imprenta Sopech.

GIOVANNINI, F. (1997). *Breve storia dell'anticomunismo*. Roma: Datanews.

GRAYSON, G. (1968). *El Partido Demócrata Cristiano chileno*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

GUSTAFSON, K. (2007). *Hostile Intent. U.S. Covert Operations in Chile, 1974-1974*. Washington: Potomac Books.

HARMER, T. (2011). *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

HENDERSHOT, C. (2003). *Anti-Communism and Popular Culture in Mid-Century America*. North Carolina: McFarland & Company, Inc., Publishers.

HUERTA, M. y PACHECO, L. (1988). *La Iglesia chilena y los cambios sociopolíticos*. Santiago de Chile: Pehuén.

HUNNEUS, C. (2008). *La Guerra Fría chilena. Gabriel González Videla y la Ley Maldita*. Santiago de Chile: Editorial Debate.

KEEFER, E. (2004). *Foreign Relations, 1964-1968, Vol. XXXI, South and Central America*. Washington: United States Printing Office.

KREBS, R. et al. (1981). *Catolicismo y Laicismo. Las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado de Chile. 1875 – 1885. Seis estudios*. Santiago de Chile: Ediciones Nueva Universidad.

LEPRE, A. (1997). *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*. Bologna: Il Mulino.

MALDONADO, C. (1989). *ACHA y la proscripción del Partido Comunista en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO, Documento de Trabajo N° 60.

MARÍN, G. (1976). *Una historia fantástica y calculada. La CIA en el país de los chilenos*. México: Siglo XXI.

MOULIAN, T. (1986). *La Democracia Cristiana en su fase ascendente: 1957 – 1964*. Santiago de Chile: FLACSO, Documento de Trabajo N° 288.

MOULIAN, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: Universidad Arcis – LOM.

PINTO, J. y VALDIVIA, V. (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911 – 1932)*. Santiago de Chile: LOM.

RODEGHERO, C. (2007). *Capítulos da Guerra Fria. O anticomunismo brasileiro sob o olhar norte-americano (1945-1964)*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.

SÁ MOTTA, R. (2002). *Em guarda contra o "perigo vermelho" (1917 – 1964)*. Sao Paulo: Editora Perspectiva / FAPESP.

SCHRECKER, E. (1998). *Many are the Crimes: McCarthyism in America*. Princeton: Princeton University Press.

URIBE, A. (2001). *Intervención norteamericana en Chile [dos textos claves]*. Santiago de Chile: Sudamericana.

VALDIVIA, V. (1992). *La milicia republicana: los civiles en armas: 1932 – 1936*. Santiago de Chile: DIBAM.

VALDIVIA, V. (1995). *Nacionalismo e ibañismo*. Santiago de Chile: Universidad Católica Blas Cañas.

VALDIVIA, V. (2009). *Nacionales y gremialistas. El parto de la nueva derecha política chilena, 1964 – 1973*. Santiago de Chile: LOM.

VERGARA, J. (2010). El pensamiento de la izquierda chilena en los sesenta. Notas de Investigación. En: VARAS, A.; RIQUELME, A.; CASALS, M. y BENAVIDES, L. (editores). *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*. Santiago de Chile: Catalonia.

WRIGHT, T. (1992-1993). América Latina en la época de la Revolución Cubana: un intento de interpretación. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 160.